

Un congreso para la historia

Luis E. Hernández

Miembro del Instituto E. Mounier.

La Iglesia española ha celebrado en Madrid durante los pasados días 26, 27, 28 de Septiembre, «El Congreso Sobre La Pobreza»: *Los Desafíos de la Pobreza a la Acción Evangelizadora de La Iglesia* era su mensaje.

Quienes acudimos, fuimos con la actitud de «calma tensa» de quien ya ha asistido alguna vez a una convocatoria de este tipo, es decir, con el ánimo dispuesto para no esperar más de lo que cabe esperar de un congreso. Ciertamente un congreso no da el «juego» de un cursillo, donde uno va a aprender cosas, ni puede ser un revulsivo para que las cosas cambien de la noche a la mañana. Más bien, uno se los plantea como un momento privilegiado de encuentro, foro de debate, *punto de llegada* en el que ponemos en común un trabajo previo habido (necesariamente) en los grupos de base y *punto de partida*, al mismo tiempo, donde, a raíz de las conclusiones sacadas, los distintos equipos y departamentos implicados en la lucha contra la pobreza, aglutinamos esfuerzos y planteamos estrategias para ser más eficaces en esta causa común.

Quienes nos hemos venido implicando en este proceso de elaboración del congreso, hemos venido notando, ya desde sus inicios, un cierto «desfase» en su planteamiento.

En primer lugar, parece ser que no estábamos cayendo en la cuenta de que en nuestros pueblos y ciudades había pobres, hasta que el espectacular informe FOESA nos los ha descubierto. Es más, nos ha definido lo que es un pobre y nos ha dicho dónde los tenemos. Ciertamente, de un esfuerzo tan loable de cálculo estadístico, la definición que nos dan de los pobres se nos antoja un tanto «cibernética», es decir, nuestros pobres tienen más cara de número que de rostro humano; tal es así, que el criterio de pobreza que ha devenido de semejante estudio es un criterio *cuantitativo*, *carencias económicas*, descuidando en su análisis otros aspectos de la pobreza (en cierto modo más duros y sangrantes, puesto que ni los expertos lo ven) como la pobreza estructural, humana, de futuro... que se vive en gran parte de la geografía de España, *en el medio rural*. Para el informe FOESA la pobreza de nuestros pueblos no existe y, como consecuencia de ese análisis, quienes siguieron esos criterios como dogmas tampoco contemplaron a los pobres del Medio Rural, y no se nos tuvo en cuenta en el congreso. Hubo que «abrir los ojos» de quienes organizaban tal evento para que después de varios «dimes y diretes», ya avanzado el proceso de su preparación, se nos habilitara un «hueco de urgen-

cia» en uno de los sectores de trabajo. El 11, el último, 3 horas.

No quisiera dar la sensación de que mi talante crítico me impide ver el servicio que tal informe aporta a la causa de la pobreza y el esfuerzo que nuestra Iglesia hace por acercarse a la realidad de los problemas de los pobres, simplemente hago una llamada de atención para que en ese acercamiento que pretendemos no perdamos el «Sur» de nuestra orientación y planteemos, una vez más, el problema de la pobreza como un logaritmo, una ecuación a resolver, o un frío cálculo estadístico, tendencia a la que somos proclives los habitantes del «Norte», y hagamos el esfuerzo de contar, también con la sabiduría y la experiencia de los cientos de grupos comprometidos con los pobres y que suponen una inagotable fuente de información.

A éstos apenas se les oyó en el congreso. Si que hubo un material, unas carpetas, un trabajo previo realizado en los grupos durante los meses anteriores... pero en ningún momento se aludió a él. Los planteamientos y reflexiones llevados a cabo en los grupos de base discurrieron paralelos e inconexos con el congreso, no se mencionaron, no se les dio espacio de exposición.

Visto lo cual, la síntesis de lo que podía dar de sí dichas jorna-

das vendría dada por las exposiciones doctrinales desarrolladas por los ponentes. Cabría esperar que en ellas se recogiese, de alguna forma, el pensar y el sentir de la Iglesia, su estado actual, las diatribas y las dificultades que los cristianos militantes estamos encontrando en nuestra lucha cotidiana con las distintas pobreza y exclusiones que nos rodean, los recursos necesarios que son imprescindibles poner al servicio de los pobres, las actitudes urgentes de denuncia de tanta injusticia social, las líneas maestras de una actuación válida de programas y promoción humana y las no tan válidas de asistencia y caridad limosnada...

Sin embargo una gris nebulosa cubrió las exposiciones que mantuvieron contentos a «Tiros y Troyanos». Grandes planteamientos que todos suscribiríamos y que no nos llevaban a ninguna discrepancia cubrieron con un tupido velo todas las sesiones dando la sensación de que realmente existe un inmenso consenso en la forma de entender a los pobres y sus pobreza.

Tal vez habría esperar algo del debate o del diálogo posterior a cada exposición... pero no lo hubo.

Los medios de comunicación que frecuentaron agobiantemente las sesiones, aunque no respondieron de igual forma en su difusión, pudieron recoger un testimonio ecuaníme de una Iglesia con poca

fricción y poca discrepancia ¿Tal vez fuera ésta una intención preconcebida? Tal vez consista en ésta la «Comunión Eclesial» tan forzosamente buscada?

He de decir que algunos de los que acudimos al Congreso de Pobreza nos llevamos a casa una cierta insatisfacción por no haber podido sacar más partido de un acontecimiento de semejante dimensión. Nuevamente comprobamos impotentes que seguimos hablando de los pobres, seguimos escribiendo sobre ellos, algunos hasta nos ganamos la vida a su cuenta, hacemos congresos, y gastamos varios millones de pts. en su nombre... pero seguimos sin contar con ellos. Nuestros pobres son casi un objeto de diseño. Cada uno se los clasifica según su necesidad. Los hay de solemnidad, transitorios, de limosna, rurales, urbanos, incluso hay quien tiene su propio pobre privado... pero lo cierto y lo dramático a la vez es que *la pobreza en un país rico como el nuestro no es un problema técnico*, es decir, de falta de medios para resolverla, pues realmente tenemos recursos suficientes para eliminarla en un breve espacio de tiempo, sino que es *un asunto ético*, es decir, de voluntad, de querer hacer nuestra la causa de los pobres y de morir (o vivir) crucificados con ellos como Jesús de Nazaret (por lo menos con la misma energía que hemos defendido otras causas más prosaicas como la mili en casa, la defensa

del oso panda, o el acceso de la mujer a los puestos de poder).

Hoy por hoy las cosas no parecen ir por esos derroteros, más bien da la sensación de que nos mantenemos más cerca del poder que deberíamos denunciar, que de los pobres, y de esta guisa nos dejamos aplaudir, nos dejamos premiar (casi un «Príncipe de Asturias» para Cáritas), organizamos foros en los que manifestamos a través de los medios de comunicación que la Iglesia es una entidad de prestigio social, con un poder de convocatoria importante... pero incapaz de hacer desaparecer la pobreza aunque sea técnicamente posible.

Uno dejaba la sede del Congreso con un regusto de mala conciencia y cientos de interrogantes no respondidos en la cabeza, pero sobre todo con una terrible inquietud: ¿No habrá servido este Congreso para consolidar, aún más, el funcionamiento de nuestra sociedad para con los pobres? ¿Para sentirnos todos satisfechos por lo realizado hasta el momento y enquistar actitudes conformistas, triunfalistas y poco críticas? ¿No habremos dado un paso de ratificación a un modelo de Iglesia corporativista, más preocupada de su propia imagen como institución que por su compromiso con los pobres...?

Uno se relaja un poco pensando que Dios está detrás de todo esto. **A**